

5.2 Reuniones y congresos

Homenaje a Pedro Rosselló*

Honda es nuestra complacencia al volver a sentirnos en medio de vosotros, con quienes de tiempo atrás estamos ligados por las afinidades electivas de nuestros más caros anhelos.

Tiene Ginebra, tiene Suiza entera, el don de ganar prontamente nuestro espíritu y nuestro corazón. Podemos venir de muy lejanas tierras, mas aquí no nos sentimos extranjeros.

Suiza es patria de todos. Patria hermosa por su esplendente geografía y su gloriosa historia. Patria acogedora que predica y vive la libertad y la paz. Lo sabemos primordialmente los que aquí pasamos los primeros años de nuestra adolescencia al amparo de maestros que encaminaron nuestro espíritu. Lo sabemos quienes años más tarde participamos aquí mismo en cenáculos internacionales comandados por mentes lúcidas que buscaron y encontraron este ambiente de serenidad y de concordia, abierto a todos los horizontes.

La intimidad de una amistad sin sombras, que va más allá de la tumba, nos obliga a agradecer conmovidamente la invitación que de manera tan generosa se nos ha hecho para venir desde Colombia a hablar hoy en el momento de este justísimo homenaje que la Oficina Internacional de Educación y la Unesco consagran a Pedro Rosselló. Fue él el amigo predilecto con quien compartimos el fervor por los problemas de la educación y la hermandad en propósitos que llenaron nuestra vida.

Muy cerca estuvimos de él cuando seguíamos a nuestros comunes maestros, los muy ilustres educadores ginebrinos Claparede, Bovet, Ferrière, Piaget, Dottrens, al amparo de esta noble ciudad y de su gente cultivada de mentalidad tan europea. Compartíamos, asimismo, con él la conmoción espiritual que nos causara el pensamiento francés:

* Palabras pronunciadas por el doctor Agustín Nieto Caballero en el homenaje que la Conferencia Internacional de Educación rindió a Pedro Rosselló. (París, septiembre 1971.)

Durkeim y Binet, Pierre Janet y Langevin, y nuestro preclaro conductor Henry Bergson. Nos venía también, y esto del otro lado del mar, el mensaje de John Dewey y William James, de quienes, de cerca y de lejos, habíamos sido sus discípulos.

Y en la sangre y en la mente llevábamos a España. En esta misma urbe tuvimos el privilegio de conversar, a espacio sobre las enhiestas personalidades españolas y los problemas comunes de la cultura, con Manuel B. Cossío, quizá la figura más valiosa y prominente del magisterio español en el presente siglo. Nadie como Rosselló para captar el pensamiento ecuménico de Cossío, y de cuantos maestros tenían algo nuevo que decir, porque las antenas de su inteligencia se mantenían en constante vibración.

Era un placer de fina calidad espiritual dialogar con él. Cuántas veces en su oficina de trabajo, atestada de libros y documentos, o en la sala acogedora de su hogar, o en el rincón del restaurante adonde solíamos ir en su compañía, ya fuera en Ginebra o en París, pronto nos llevaba de la anécdota trivial a los grandes temas que encendían su espíritu e iluminaban el nuestro.

Se tornaba combativo, siempre caballerosamente, cuando le tocaba sostener sus ideas. Defendía con ardor de cruzado sus puntos de vista. Mas sabía escuchar, y, aun cuando daba la impresión de que en lo esencial de su propia ideología no daba cuartel, gustaba de oír conceptos que bien podían ser antagónicos a los suyos, pero que a menudo le servían para reforzar sus propias ideas. Como buen maestro, derivaba siempre una enseñanza de las razones que le eran contrarias.

Tema frecuente de nuestras conversaciones, a manera de *leit motiv* de la amistad que nos unía, era el de los problemas educativos de la América española, que tan íntimamente conocía.

El soplo de sus ideas voló a través de los mares hasta las lejanas regiones andinas, y un día,

hace ya más de veinte años, es el mismo Pedro Rosselló quien llega a América a regar con sus manos la nueva semilla en el terreno que él mismo había preparado, desde su cátedra ginebrina, con aliento innovador. Por donde quiera que pasó dejó la huella de su fe en la educación que modela a las nuevas generaciones y, con ellas, a la nueva humanidad. Quienes estuvieron cerca de él no han olvidado la singular prestancia de este hombre, frágil en apariencia, pero tan fuerte en su contextura mental.

Mientras recorría el nuevo continente no se le escapaba al perspicaz viajero la necesidad imperiosa de convertir ese archipiélago de naciones en la unidad soñada por Bolívar. Y se complacía en relevar los intentos que vienen haciéndose, lenta pero seguramente, por llegar a la meta del ideal bolivariano. Nuestro amigo parecía ver de antemano a este conjunto de patrias americanas consolidadas, en una sola fuerza material y espiritual, para conseguir la alta consideración y el auténtico respeto de todas las naciones.

El fue en su primera mocedad maestro campesino —la naturaleza vibraba en él—, y por medio del estudio, grado tras grado, título tras título, había llegado a la cátedra universitaria. Sabía así por propia vivencia lo que representa el magisterio, de todos los niveles, en la conducción de los pueblos. Y por ello su fe en América era la fe en sus educadores. América, tierra de promisión, crisol donde se funden razas e ideologías, con un común denominador de idioma, religión y tradiciones... ¡Qué campo admirable para realizar una tarea renovadora por medio de la cultura!

Su vivo interés por los problemas educativos que atañen al nuevo continente lo llevó a interesarse primordialmente en el proyecto principal de la Unesco que, en el decurso de diez años, laboró con tan grande eficacia por conseguir, para cada uno de los veinte países americanos: «Más y mejores maestros; más y mejores escuelas». Todo ello vinculado al pensamiento de que vida y escuela no han de estar separadas jamás. Seguía de cerca con igual interés la admirable labor desarrollada, en un paralelismo de miras y realizaciones, por la Organización de Estados Americanos y la Oficina Iberoamericana de Educación.

Pensó, y en ello nos identificábamos con él, que el acercamiento y la mutua comprensión de los pueblos americanos hemos de buscarlos, todavía más que en los palacios gubernamentales, en las aulas de las escuelas, colegios y universidades.

Capacitar a quienes habrían de ser los guías de la niñez y de la juventud era para él el problema clave de la docencia hispanoamericana. Sin esos conductores, pensaba, no habrá futuro promisor para las presentes generaciones, tan necesitadas de una recta formación y de un serio aprestamiento para su desempeño en la vida.

Tenía bien sentados los pies sobre la tierra firme, pero miraba siempre hacia lo alto. Era el espíritu lo que primaba en él. Parecía sentirse extraño dentro de este mundo mecanizado que a todos nos envuelve. El humanismo, que tan cálidamente

llevaba en su interior, lo traía a limitar el entusiasmo, tan en boga hoy, por los artefactos mecánicos. Entendía muy bien que éstos han venido a ser de valiosa utilidad para el maestro, mas condicionaba siempre el fervor por ellos. Estimaba que a la persona del educador no pueden sustituirla ni el cine, ni la televisión, ni la radio, ni los computadores, ni otra alguna de las máquinas, que podrán informar, pero jamás formar al hombre. La máquina, lo sabía muy bien, es inerte; no hay en ella calor humano; no dialoga con el alumno; no admite interrupciones; carece del magnetismo formativo del educador, magnetismo que es privilegio de los seres humanos. Pensaba que la máquina no está hecha para modelar al ciudadano, para orientar su conducta, para encauzar sus sentimientos, para despertar su conciencia sobre los serios problemas que incumben al *honnête homme* de todos los tiempos.

Su sentido de confraternidad lo llevaba a buscar estrecha vinculación entre todos los educadores. Y era obsesión suya indagar constantemente sobre lo que en educación estuviera ocurriendo en uno y otro pueblo.

De ahí su preocupación por la educación comparada, en la que a menudo halló patentes similitudes. Las fronteras culturales entre distintas comarcas no eran para él líneas de separación, sino de contacto.

Los treinta volúmenes del *Anuario Internacional* se debieron en primer término a su esfuerzo. Estos volúmenes, y los que resumen los problemas dilucidados a lo largo de tantos años en las conferencias anuales de Ginebra, forman una enciclopedia de problemas educativos, obra monumental a la que consagró toda su recia voluntad. Y cuánto le debe también a este mismo esfuerzo la recopilación de las Recomendaciones del Bureau Internacional que tan valioso servicio presta a todos los interesados en el desenvolvimiento educativo del mundo.

El pensamiento de la educación comparada parece trivial en un primer enunciado, pero cuán hondas implicaciones tiene. Se trata de no encerrarnos dentro de nuestra reducida realidad geográfica. El mundo es vasto, y en cualquier sitio en que estemos no es poco lo que tenemos que aprender de los demás. Lo primero es no pensar en que lo nuestro es lo mejor. Es importante conocer lo que otros hacen, y hemos de tener siempre abierta la mente para acercarnos a lo nuevo. Estudiar. Reflexionar. Experimentar. Está bien que tengamos apego primordial por las cosas nuestras; que no perdamos el sentimiento de lo propio, de lo nacional, pero hemos de poner cuidado en no aferrarnos a un nacionalismo inflexible, terco, arbitrario, intransigente, y, aun a veces, agresivo.

Tengamos presente que en las relaciones humanas de hoy ya no puede haber egocentrismo. Pudiéramos decir que la pedagogía, como la ciencia, como la técnica, tiende a ser de índole mundial.

La cultura tendrá forzosamente modalidades diferentes en los distintos pueblos, pero en término

de cuentas será un patrimonio común de la humanidad. Es frente a ello cuando mejor podemos decir que, sin dejar de ser, en esencia, patriotas hemos de considerarnos como ciudadanos del mundo. Desde luego no se trata de extranjerizarnos, sino de asimilar lo que enriquezca nuestro propio pensamiento. Nuestra mente ha de ser hospitalaria y generosa al mismo tiempo, dispuesta a dar como a recibir, con idéntico espíritu.

Si el mundo es uno, y por tanto debemos mirarlo en su conjunto, no ha de parecernos extraño el que queramos mantenernos informados de lo que en cada región se lleva a cabo, sobre todo tratándose de la resolución de los problemas educativos que han de ser la mayor preocupación de los hombres pensantes de cada nación. Es por lo que importa tanto conocer no sólo lo doméstico, sino lo que está más allá de nuestras fronteras. La llamada educación comparada se hace, por tanto, necesario imponerla como curso obligatorio en todas las escuelas formadoras de maestros y profesores. Es cierto que es ardua, compleja y delicada la confrontación de los elementos de juicio que han de evaluarse para llegar a una apreciación inteligente de cualquier tipo de comparación que se haga. Pero no cabe duda de la conveniencia de adiestrar al magisterio en esta disciplina. No han de quedarse dormidos los maestros sobre lo que oyeron en las escuelas normales por donde pasaron. Por otra parte, la ley del mundo es el progreso. Y es ya una verdad decir que retrocede el que no avanza.

Tales eran los hilos conductores de la mentalidad rossellista.

Tuvo Rosselló un esclarecido antecesor en la preocupación por el estudio de la pedagogía comparada y la cooperación intelectual: fue el ilustre Marco Antonio Jullien.

Son dos espíritus que se encuentran, que se juntan a cien años de distancia. Para el espíritu no cuenta el tiempo, y es prácticamente Rosselló quien descubre a Jullien y lo presenta al mundo; lo presenta como el precursor de la Oficina Internacional Ginebrina, y al mismo tiempo como precursor de la Unesco. Sin tener noticia de la existencia de Jullien, Rosselló trabaja durante años por el triunfo de las mismas ideas de su predecesor. Y cuán grande es su alegría cuando lo encuentra. Es Rosselló quien en su bello libro *Le Precurseurs du Bureau International d'Education* nos cuenta cómo en 1925, año de la fundación de esta oficina, no sólo él, sino los mismos fundadores ignoraban la existencia de quien un siglo antes había lanzado las ideas cardinales de tan importante centro coordinador. La misma consideración es hecha por la Unesco, y es por ello que las dos instituciones se reúnen en París en el año de 1948 para rendir un cálido homenaje en el día del centenario de la muerte del clarividente antecesor. Es precisamente en aquel día cuando Rosselló, en un emocionado discurso, destaca, al lado de otros connotados oradores, la sorprendente similitud de propósitos entre el gran soñador del pasado y los realizadores de un siglo después.

Cuando en 1943 Rosselló habla de las vicisitudes del Bureau International d'Education, sin ocultar su pesimismo de aquella hora, no pudo siquiera imaginar que años más tarde (1958) la International Review of Education de La Haya le rendiría la singular ofrenda de una edición especial dedicada a él con la muy valiosa aportación de doce eminentes educadores de Europa y Estados Unidos. *Thoughts on Comparative Education. Testschrift for Pedro Rosselló*, se intitula la excelente publicación hecha en honor del eximio maestro. Allí se rinde justísimo tributo a quien sus compañeros consideraron como preclaro paladín de la educación universal.

En la educación comparada los analistas han diferenciado dos vertientes: la descriptiva y la explicativa. La una registra los hechos; la otra los interpreta. Rosselló realizó las dos: no sólo recopiló los millares de datos que llegaron a su conocimiento, sino que se preocupó por darles una explicación. De ello nos queda vivo testimonio en la treintena de volúmenes del *Anuario*, y en el denso estudio sobre *Las corrientes en la Educación*, obras que iluminan todo el panorama de la pedagogía general.

Fueron vigiliadas de muchos años de tesonera brega las que consagra a su trascendental aspiración este apóstol excepcional que parecía trabajar a toda hora, sin pausa y sin fatiga.

De esta su pacientísima labor nos aprovechábamos todos, gracias a la continua entrega que él hacía de su persona y de su tiempo. Jamás fue egoísta de su sabiduría. Una innata generosidad primaba en él. Cuantos participamos en las conferencias internacionales de Educación reunidas aquí mismo, año tras año, es mucho lo que debemos a la intensa y eficaz ayuda de tan admirable colaborador. Cada vez que nos tocaba laborar al lado suyo, él aliviaba este trabajo con su rica información, y sabía darle claridad mayor a nuestros propios empeños. ¡Cuán grato y cuán justo es recordarlo en esta hora! En muchos de los aportes personales que merecían elogio de nuestros compañeros estaba él, con su inteligencia; su perspicacia, sus vastos conocimientos, su don de consejo y —¿cómo no repetirlo?— con su modestia ingénita, virtud suya la más auténtica y enaltecadora.

Por su labor de síntesis, por su poder de captación de las más diversas ideas, por la misma facilidad de concretar en fórmulas precisas que en veces otros presentábamos sin la justeza debida por todas estas cualidades de su ingenio, pudiéramos decir que unos y otros, conjuntamente, éramos sus deudores. Veníamos de ochenta países, y a cada delegación nacional tenía algo que ofrecerle. Sin alarde de erudición era él quien nos informaba a todos. Ninguno tan al tanto de los más variados problemas pedagógicos, y ninguno con tan espontánea y desinteresada voluntad de servir.

Se daba cuenta de que vivimos en un mundo que entre todos lo estamos haciendo, y en el que cada cual tiene su parte definida. Pedro Rosselló tomó responsablemente lo que a él correspondía.

Pudiéramos decir que su vida fue su verdadera cátedra.

Hemos querido exaltar, por sobre toda otra virtud, su generosa calidad humana. Por ello ganó tan calurosas simpatías y tan profundo respeto. Por ello fue seguido con tan dolorosa angustia el vacilante apagarse de su vida.

Como el candil que al darnos su luz va consumiéndose, así él, iluminándonos con su vida, iba

consumiendo su propio fulgor, y, de pronto, comenzamos a ver el titilar de esa llama, avivándose por momentos y amenazando apagarse en seguida, hasta el instante en que, para desolación de sus admiradores y amigos, esa luz, que a tantos había guiado, se extinguió.

Mas, para bien de todos, detenido el motor de su existencia terrenal, nos queda la vibración de su espíritu.